

## **EL ÚLTIMO BAILE**

Después de recibir la deliciosa noticia, las hermanas Brown no tardaron en delirar y estremecerse ante tal idea. Cierto es que las tres habían sido ya presentadas en sociedad, pero nunca se les había invitado a ninguna fiesta como la que se iba a celebrar esa misma noche. Mientras las dos más pequeñas se jactaban de lo bellas que iban a acudir al evento, la mayor, Lilly, no sentía ni un ápice de emoción por asistir a aquella velada.

-Bien sabes, Lilly -le dijo Catherine, la más pequeña- que los Lee llevan siendo una familia ejemplar desde hace siglos. No entiendo que ante tal invitación te muestres tan indiferente.

-Además- añadió Sophie, la hermana mediana- he oído por ahí que sus hijos varones son muy guapos.

Ambas rieron mientras Lilly hizo una mueca de desaprobación.

-Creo saber que llevamos mucho tiempo en convivencia como para que no sepáis mi opinión sobre asuntos del corazón y del matrimonio. El amor no existe.

Catherine encontró la afirmación de su hermana mayor totalmente ridícula, y no pudo evitar contrariarla.

-Claro que existe. Si no fuese por el amor y el matrimonio, ¿Qué sentido tendría este mundo?

-Diría que una absoluta farsa. Debéis comprender que el matrimonio no es otra cosa que un contrato económico, en el que todas tus pertenencias pasan a la otra persona. Así ambas familias se aseguran de que sus fondos y sus tierras no corren peligro. No hay nada de sentimental en ello.

-Te equivocas Lilly- le repuso Sophie- algún día conocerás a algún caballero que te hará feliz y tendrás que darnos la razón.

Lilly, sin ánimo de discutir más, decidió dar la razón a sus hermanas y volver a concentrarse en su libro. Estaba leyendo "*Macbeth*", y encontraba sumamente placentera la forma de escritura de Shakespeare. Desde pequeña le habían inculcado leer a los grandes autores universales como Homero, Miguel de Cervantes o El Marqués de Sade entre otros. Pero, hasta ahora, había descubierto el teatro shakespeariano, y no podía resistirse al ingenio y la fluidez del escritor. Prefería mil veces más pasar su tiempo con un buen libro que en lugares hipócritas y de etiqueta como el que iba a visitar esa noche. No obstante, estaba obligada a acudir, ya que sus padres le comunicaron que su presencia haría ilusión a las otras hermanas, y al resto de familias de la ciudad. Además, el año pasado, por su veintiún cumpleaños le regalaron un precioso vestido de

gala, y algo que Lilly no soportaba era el desperdicio de la buena ropa y de los regalos caros.

El resto de la tarde prosiguió, haciéndose eterna para Sophie y para Catherine e insufrible para Lilly. Quería que tal acontecimiento ya se celebrase solo para no oír más a sus dos hermanas hablar de éste. Una hora antes de montarse en el carruaje y partir hacia la mansión de los Lee, las mujeres Brown se vistieron y peinaron para la ocasión. Tanto las tres hermanas como la madre iban con sus mejores galas. Tras un rato de espera, el cochero llegó, y las cuatro se subieron al carruaje. Se despidieron de Mr. Brown, el cual no deseaba acudir debido a importantes asuntos de trabajo. Ciertamente es que en cualquier otra celebración de alta alcurnia no se hubiese permitido semejante ofensa, pero los Lee eran íntimos amigos de los Brown, y que el padre de la familia estuviese ausente no era real molestia. El trayecto que había entre ambas casas era corto, por lo que en breve llegaron las cuatro a la mansión. La casa de los Lee era sumamente bella y perfecta. Era de estilo barroco francés, muy parecida al palacio de Versalles. Sophie y Catherine se bajaron del carruaje a empujones, observando la belleza de la mansión y escuchando la música que provenía de dentro. Lilly y su madre salieron detrás, uniéndose a las hermanas menores, y entraron todas juntas al lugar. Al entrar, las cuatro quedaron maravilladas. Previamente habían contemplado aquel salón, ancho y largo, elegantemente decorado, con una lámpara de araña colgada en el techo la cual contenía miles de cristalitos que relucían. Pero nunca habían visto tal escena como la de aquella noche. Todo el salón se hallaba iluminado por la calurosa luz de las velas. En las esquinas, violinistas que reproducían la más grata melodía. Los caballeros charlaban animosamente, y las señoritas iban desplazándose por el pasillo mientras conversaban con sus amigas o parientes. En el centro, una muchacha de unos 17 años tocaba el piano para todos los presentes. Sus ágiles dedos recorrían el teclado haciendo estremecer a todos los invitados con aquella hermosa música. En el fondo, Lilly no quería reconocer que aquel sitio no era tan malo, pues amaba el ambiente que allí se había producido. Embelesada por todo lo que había visto, se sorprendió cuando Mr. Y Mrs. Lee se acercaron a las Brown junto a un hombre desconocido. Las otras hermanas parecían desinteresadas en lo que tenían que decir y pensaban en bailar, mientras que Lilly no pudo evitar ruborizarse por culpa de la presencia del señor al que no conocía.

-Señora Brown, señoritas- saludó amablemente Mr. Lee- ¿Están disfrutando de esta velada?

-Sin duda- respondió Mrs. Brown- Es la primera fiesta a la que acuden mis hijas, y parecen estar hipnotizadas por el ambiente.

-Es muy gratificante oír eso- dijo Mrs. Lee- hace mucho que no veo a las tres juntas. Son ya todas unas mujercitas.

Mr. Lee reparó en que no había presentado al hombre desconocido, así que inmediatamente lo hizo.

-Disculpen mi descaro, pues no os he presentado a Sir. William Evans, oficial de la marina inglesa. Es hijo de un viejo amigo.

Sir. William era un hombre alto de unos veintitrés años. Su pelo era castaño, y rizado. Sus ojos, marrones. Tenía un aspecto serio aunque agradable, y todos los modales dignos de un militar. Se inclinó a modo de reverencia hacia la familia, y los Brown hicieron lo mismo.

-Encantado- dijo Sir. William- Ustedes deben ser la familia Brown, ¿no es así?

-Así es- contestó Mrs. Brown.

Sir. William recorrió rápidamente con la mirada a las tres hermanas y se fijó especialmente en Lilly. No es que un hombre como él acudiese a fiestas de etiqueta para fijar sus ojos en bellas doncellas con las que pudiera casarse, pero debía de admitir que Lilly le había llamado la atención. La joven pronto se percató de que la mirada de Sir. William estaba en ella, y su nerviosismo aumentó exponencialmente. Lilly también se había fijado bastante en Sir. William, pero no quería reconocerlo. Mientras la familia Lee y las mujeres Brown conversaban como si nada, el silencio entre William y Lilly se tornó un tanto incómodo, por lo que el caballero decidió romperlo.

-Usted debe ser la hermana mayor- dijo Sir. William entre carraspeos- Lilly Brown.

Tal repentina afirmación pilló a Lilly por sorpresa y no pudo evitar sonrojarse.

-Sí- respondió cordialmente- ¿A qué se debe que usted sepa mi nombre?

-Todo el condado de Durham conoce a su padre, Fitzgerald Brown. Mi padre tuvo el honor de trabajar con él antes de fallecer, y me comunicó que Mr. Brown tenía tres hijas en casa, bien educadas, cuando le pregunté si su padre tenía descendencia.

-Lamento su pérdida- añadió Lilly y William asintió a modo de gratitud.

Antes de que William dijese algo, Mr. Lee los interrumpió.

-Es hora de que vayamos al centro de la sala a bailar. ¿Serían ustedes tan amables de acompañarnos a mí y a mi esposa?

Los ojos de Catherine y Sophie brillaron como nunca y fue la primera vez en toda la velada en la que se interesaron sobre lo que tuviese que decir Mr. Lee. Ellas fueron las primeras en dirigirse hacia el centro de la sala, y después le siguieron Mr. Y Mrs. Lee, Mrs. Brown, y finalmente Lilly y William.

-¿Baila usted, señorita Brown?- le preguntó William a Lilly.

-No con frecuencia. Es mi primera fiesta en sociedad, mas he practicado varias veces en casa con mi padre para eventos como éste.

-Entonces, ¿me concede bailar con usted este Vals?

Lilly asintió, y ambos se colocaron en las supuestas posiciones de baile (...)

*Lucía Aragonés Miranda, 1º Bachillerato C, IES Fernando De los Ríos.*

*Dirección: C/ Toquero nº 2*

*Número: 664 61 95 11*